

para el Señor de las aguas, y el cielo es así llamado en el propio segundo día.

Esto supuesto, el atributo del verbo *bará*, reconocido aquí en las luces de los doctos por legítimo representante del universo sensible, abre camino para que entendamos que se trata de la materia que más encarece la omnipotencia de Dios; es á saber, de la materia informe y desnuda; de la cual, puesto que en todo el campo de la Escritura no se halla rastro ninguno dondequiera que se habla de formal creación, aquí se la descubre entrañada y sobreentendida. Por causa de esto, Moisés, atento á desvanecer nieblas en la inteligencia del *cielo* y la *tierra*, pintó á los hebreos en el segundo verso el estado de caos y confusión grande; que era hablarles según el uso, y decirles que allí se encerraba la universalidad de las cosas como en germen y en estado elemental y á punto de salir á luz.

El por qué *cielo* y *tierra*, siendo dos voces tan diferentes, deban importar una sola cosa, se dirá más adelante. Pero, ¿quién duda que, criada la materia elemental, era lo más conforme á razón introducir á Dios mandando que se haga luz, que se explaye el firmamento, que nazcan plantas, que se engendren animales, que parezcan luminosos globos, como quien aguarda de la virtud de las causas segundas los efectos que en ellas atesoró? Y, por el contrario, era muy según la grandeza del poder divino sacar de sus infinitos tesoros los preciosos elementos, y por sí mismo, sin auxilio extraño, sin alar-

des de poderío, con la majestad de su infinita pujanza, dar firme, estable y bienaventurada existencia á la substancia que debía ser lo escogido y principal de los demás cuerpos compuestos. Los mandamientos de Dios quédense para cuando tenga súbditos que lleven adelante la fábrica, ornato y perfección de este suntuoso edificio; que para obrar Dios sin materia, á lo divino, él á sí mismo se basta, ni ha menester dar órdenes quien tan magníficamente obra. De manera, que dice el P. Corluy: «La creación, que se contiene en este primer versículo, no entra en la cuenta de los seis días: es la producción de los átomos simplicísimos sin cohesión ni combinación alguna, es la creación de toda la materia cósmica en estado de confusa masa, que los astrónomos suelen apellidar nebulosa primitiva.»

Con esto no se disminuye la dependencia que tienen del Supremo Hacedor todas las cosas; porque es suma, esencial, absoluta; quitársela sería despojar á Dios de su dominio: en todo pende de Dios su criatura, ora reciba de causas segundas la forma, ora reciba la materia, por cuanto ambas del poder divino emanan. La conservación, ¿qué es sino una perenne creación y continuación de aquel primer influjo, que Dios á los seres concedió en el criar la materia y en el formarla, y por momentos se le da, so pena de volverlos á la nada en apartando de ellos su poderosa mano?

• *Spicilgium*, t. 1, p. 176.



CAPÍTULO X.

EL ÉTER Y LA MATERIA CÓSMICA.

«*Calum et terram*» (V. 1.)

ARTÍCULO I.

Intento del primer versículo.—La opinión de Buckland no va conforme con los Padres alegados. — Determinase más en particular el poder de la voz *calum et terram*. — El quinto elemento de Aristóteles era el éter. — Cómo le describió Cicerón. — Cómo santo Tomás patrocinó la quinta esencia, que es el éter. — Ni disienten los peripatéticos posteriores.

CONSTA de lo dicho que este primer verso hace sentencia cabal de por sí. Es la fórmula inaugural de la creación del mundo sensible. Considerado en su más lata construcción, no define si Dios crió el mundo de alguna manera organizado, ó si solamente dió ser á los elementos materiales, para luego enriquecerlos de fuerzas, ordenarlos con leyes y sacar obras de perfecta hermosura. Mas la autoridad de los Santos, el juicio de los Doctores, el dictamen de los sabios modernos, nos inducen á pensar que, aunque Moisés no pretendió enseñarnos el modo y las circunstancias de la creación, insinuó con harta claridad que Dios había hecho de nada en el principio de todos los tiempos la materia de las cosas, criándola en su más eminente y prima esencia, á fin de llenar con su esplendor el mundo de nuevas formas de seres.

También parece inferirse de esta

consideración que, debiéndose significar aquí que las cosas comenzaron á ser en su materia informe, para recibir después especial disposición, no cabe ya imaginar que antes del primer día existieron muchos mundos, ni que primeramente fuese uno formado, después devastado, y echado á pique por un cataclismo universal, cuyo fin rematase en el caos de que hablan los versículos siguientes. Esa que ha sido hasta hoy la opinión de muchos autores ingleses, con Buckland á su cabeza, no parece pueda preciarse de tener por patronos los antedichos escritores. Porque si absolutamente hablando no repugna á la letra del texto, rompe y trastorna la trabazón que enlaza estos tres versículos, dando al primero un sentido totalmente extraño y sin relación con el segundo, cuando parecen entrambos estrechamente unidos. En lugar del pretérito imperfecto *erat* del segundo, leen estos autores *fué*, adulterando el original *hayah* (הָיָה), con que el sagrado escritor quiso figurar el estado de la materia criada, no la ruina y desolación del mundo; que si asolamiento hubiese querido expresar, de otra forma hubiera usado.

Además, los santos Padres y Doctores alegados, interin hacen diferencia de creación á formación de las cosas, introducen antes de todo día, en el in-

tervalo transcurrido del principio al día primero, una situación del mundo sin lindeza ni hermosura, sin luz ni forma visible, que duró incierto tiempo, imposible de determinar. Por eso causan extrañeza las palabras del doctor Molloy: «Si somos dueños, dice, de admitir un espacio de tiempo determinado entre la creación y la obra de los seis días, nada obsta que supongamos que durante este período la tierra padeció varias mudanzas y catástrofes, y que fué poblada de órdenes sin cuento de árboles y animales, que con el discurso de los años recibían sucesivamente existencia, morían y eran reemplazados por nuevas formaciones.» No sin motivo el erudito Hamard, que anotó este precioso libro, arguye á su autor de ciego partidario de una teoría que va contra la razón, contra la ciencia y contra la misma Escritura. Y esto basta: las réplicas que los fiadores de esta opinión podrían hacer, hallan prevenida la respuesta en el anterior capítulo.

Empero no podemos no pasmarnos viendo á qué extremos conduce la porfía de las opiniones. Esta de Buckland tuvo al principio tanto señorío, y calentó tantas cabezas, que se adelantaron sus mantenedores á dar por indubitable haber sido la caída de los ángeles causa, ó á lo menos ocasión, de aquel trastorno universal del mundo que ellos querían leer en el segundo versículo. Y no son escritores por ahí los que sustentan este pensamiento. De los filósofos y naturalistas le defienden Boehme, Federico Schlegel, Julio Hamberger, Enrique Schuber, Andrés Wagner: tiene también muchos partidarios en los teólogos protestantes, Kurtz, Baumgarten, Delitzsch; y de los católicos, Leopoldo Schmid, Michelis y Westermayer han sacado la cara en favor de esta doc-

¹ Géologie et Révélation, chap. xix.

² Nota 1, p. 460.

trina. Esto dice el Dr. Reusch. Hasta aquí podía rayar la pasión en las opiniones. En materias tan conocidas, en ningún concepto tienen estos sabios el silencio de los santos Padres y Doctores. ¿Qué tienen ahí que ver los ángeles rebeldes con el aislamiento del mundo? Con razón el Dr. Reusch confiesa que nunca pudo aprobar tan desatentada manera de forjar discursos.

Mas parémonos á considerar detenidamente, supuesta la creación de la materia informe, qué linaje de substancia se contiene en los vocablos cielo y tierra. Platón con su escuela enseñaba, que todas las cosas materiales se componen de cuatro elementos. Aristóteles fué el único que, corrigiendo á su maestro la plana, apeló al quinto elemento para explicar la naturaleza de los cuerpos celestes. Á este quinto simple dió el nombre de éter. No contento con apellidarle engendradora de los astros, origen y fuente de todas las naturalezas, esparció la virtud de su finísima esencia por la inmensidad de los espacios siderales. Testigo su libro IV De Auscultatione, cap. v, donde dice: «Así como el agua está en el aire, de esa manera el aire está en el éter, y el éter en el cielo, y el cielo no está contenido en otro albugo.» En su libro De Meteoros², dice así: «El principio de los cuerpos que circulan por los espacios es el éter (ἄερ) των σφαιρῶν ἐξ ὧν συνίστανται ἢ τῶν ἑραυλῶν φαινομένων σφαιρῶν φύσις. En el cap. III sostiene que no es agua, ni fuego, ni aire lo que llena el vacío entre los astros, sino «un quinto cuerpo diferente del fuego y del aire, y que cerca de la atmósfera y de la tierra padece alteración, y es más ó menos puro».

«Y esta opinión, añade, no es tanto mía cuanto de los antiguos, que llamábanle éter, porque corre veloz (ἀνιθεῖν), atribuyéndole una cierta natura-

¹ La Bible et la nature, chap. viii.

² Cap. II.

leza divina y diferente de las conocidas.»

Abonaba esta exposición el testimonio de Ático, discípulo de Platón, quien, baldonando la quinta esencia de Aristóteles, según lo cuenta Eusebio de Cesarea, decía: «Platón, todos los cuerpos quiere que tengan unos mismos componentes, templados con conveniente orden; pero Aristóteles, no contento con los cuatro elementos, ha dado en porfiar que hay una esencia impasible (ἀσθησιμη), incorruptible (ἀσθαρτον) é invariable (ἀαίαντον); como quien no quiere pasar por inventor adocenado; pero su invento, al par que nos ha enseñado una donosa nonada, ha revuelto las cosas que Platón había dejado bien asentadas. Porque habiendo oído á Platón que había una cierta esencia espiritual de suyo, incorpórea, incolora, impalpable, y que ni nace, ni se muda, ni perece, sino que siempre está en un ser; y averiguado, por otra parte, que hay en los cielos cosas que no se corrompen ni alteran, juntando entrambas ideas, quiso ajustar cosas incoherentes, por darse calificación de inventor.»

Lo que se le ofreció á Platón, que los cielos son de materia ígnea, de un fuego acendrado y vivísimo y como lo florido de las cosas, opinaron también no pocos Padres griegos y latinos, entre ellos san Basilio¹, san Gregorio Niseno², Teodoreto³ y san Ambrosio⁴. San Agustín⁵ da por cosa recibida que «el cielo, puesto allende los aires, es fuego purísimo, y de él se cree fueron hechos los astros y lumbreras; conglobado y reducido á disposición conveniente, dió á las estrellas la forma que tienen. No queremos decir que en esta

¹ Præp. Evangel., l. xv, cap. vii.

² Hom. II, in Hexaem.

³ in Hexaem. lib.

⁴ Quest. xi, in Genes.

⁵ in Hexaem., l. II.

⁶ De Genes. ad litt., l. II, cap. III.

teoría del fuego platónico se esconda la del éter aristotélico; mas, bien considerada, no anda lejos del éter moderno, y tiene con ella no pocos grados de parentesco.

Á largos pasos abrióse camino el éter entre griegos y latinos. Cicerón en su tiempo describía admirablemente sus propiedades. «Cleantes, discípulo de Zenón, ora enseñaba que el mundo es dios, ora que es naturaleza universal, ora endiosaba al éter, ardor altísimo y último, derramado por doquier, y extremo que todo lo envuelve y abraza... Al mismo éter daba el filósofo Crisipo el nombre de Júpiter, y á los astros les concedía deidad, porque se engendran, decía, de la porción más noble y afinada del éter, y no tienen mezclada otra naturaleza, y por eso son calientes y lúcidos, tales que bien pueden estimarse sensibles y aun inteligibles.» Y un poco más abajo añade el orador romano: «No es la índole del éter tal que con su fuerza arreдре el curso de las estrellas; que, siendo tan tenue y luminoso y derramado por un igual, no debe ser su poderío capaz de parar el ímpetu de los astros: así que tienen los planetas desembarazado el camino para resbalar en sus órbitas, sin que les sea el éter impedimento.»

Algo más adelante prosigue: «La tierra está situada en el centro del mundo y rodeada por todas partes de la espítable naturaleza, llamada aire; la esfera del aire ciñela el inmenso éter compuesto de sutilísimos fuegos. El que llaman cielo los nuestros llamábanle éter los griegos. Del éter dimanan innumerables centellas de astros. El primero fué el sol, que todo lo inflama con sus luces; mucho mayor es que toda la tierra; después nacieron del éter otros astros en tamaño grandísimo.» Esto es de Marco Tulio, cuyo

¹ De natur. deor., l. I, 14, 15.—Lib. II, 15;

² Ibid., l. II, 21, 36.

lenguaje demuestra cuánta afición había cobrado á la quinta esencia de Aristóteles, y cuán en boga han estado hace veinte siglos ideas que parecen tan nuevas.

No faltaron Padres de la Iglesia que, haciendo como propia la doctrina de Aristóteles, la cristianizaron, mirando al quinto elemento como fruto temporal del poder de Dios, no eterno, según parece le juzgó el Estagirita. Principalmente santo Tomás, restaurador de la filosofía aristotélica, en esta contienda, dejando á san Agustín que seguía á los platónicos, se declaró por la quinta esencia, llamando común en su tiempo esta opinión. Muchos lugares de sus obras hacen de ella honrosa memoria. Citemos algunos en particular. Es principio muy recibido del santo Doctor la diferencia entre la materia celeste y la terrestre. «Aunque se dijo materia informe el mundo así que fué criado, lo era porque carecía del último complemento; pero no porque tuviese la materia la misma continuidad, como si de la misma única materia todas las cosas fuesen hechas, sino porque la materia del cielo y la terrestre no habían alcanzado su perfección.» Y más adelante añade: «Aristóteles, en sus libros del *cielo* y del *mundo*, demuestra la existencia de la quinta esencia, que no había todavía probado en el libro de *Física*; y por eso en este tratado no determina sus propiedades.» En estas palabras da por supuesta el santo Doctor la verdad de la quinta esencia, que es el éter, según Aristóteles declara en su libro *De celo*. Y aunque el *De mundo* se atribuye á otro autor, por ser tan antiguo puede ser creído como de igual autoridad que si fuese aristotélico. Sea lo que fuere, que santo Tomás admitió la quinta esencia, ó el éter, como ele-

mento distinto de los cuatro inferiores que participan la composición de la tierra, según las ideas antiguas, es más que cierto. En la dist. xiv¹, investigando la naturaleza del firmamento, resuelve así: «Todos, antes de Aristóteles, pusieron que el cielo es de la naturaleza de los cuatro elementos. Aristóteles fué el primero que desechó su parecer, y afirmó que el cielo es una quinta esencia sin gravedad y sin peso ni cualidades contrarias; por la eficacia de sus razones, los filósofos posteriores se le adhirieron, y en el día de hoy todos siguen su opinión. San Dionisio casi en todo le sigue también. Y consecutivamente digo que el cielo es un quinto cuerpo.» En el artículo anterior había asentado: «Mejor será que digamos que por firmamento entiéndese el cielo sideral, sobre el que están las aguas, no las que son como las nuestras, sino que son de la condición de la quinta esencia y tienen algún parentesco con las de acá; y por la semejanza que tienen les da la Escritura el nombre de aguas, manifestándonos las cualidades ocultas por las sensibles y conocidas. Y la semejanza no puede ser sino en la razón de lucidez y diafanidad, en la cual convienen los cuerpos celestes con los inferiores; y así el cielo cristalino ó áceo llámase así en cuanto conviene con el agua en ser luciente y diáfano, teniendo estreñias y transparencia.»

Confirmación de esta doctrina es la de Suárez acerca del cielo etéreo². Distinguiendo tres cielos, empíreo, etéreo, aéreo, no tiene por cielo genésico el universo mundo ni la materia en todo él, como otros Escolásticos; ni tampoco el empíreo en particular, según quisieron Beda y otros muchos; pero demás del empíreo entiende el etéreo³,

¹ Q. 1, a. 2.

² De Op. sex. dist., l. 1.

³ Ibid., cap. II.

¹ In II Sentent., dist. XIV, q. 1, a. 2.

² In II Sent., dist. XII, a. 1.

cuya producción dice que vino por vía de creación; y era conveniente que cuerpo tan noble, de un modo nobilísimo y en un momento fuese criado de la nada: que siendo incorruptible de suyo, no podía hacerse de otra manera. Que sea incorruptible el cielo etéreo lo da Suárez por firme, aunque no puede, dice, demostrarse apodicticamente, ni probarse con eficaz razón de Escritura; mas es parecer de san Dionisio¹, y los filósofos gentiles y cristianos le tienen comúnmente en ese predicamento. Pero, aunque no pueda ser demostrada la incorruptibilidad del cielo etéreo, trata Suárez de persuadirla entre seis razones con esta: «No siendo corruptibles los astros, menos lo será el cielo etéreo en que corren y están situados: y es más conforme con lo de Moisés (*in principio creavit Deus calum et terram*), en donde habló mayormente del cielo etéreo.»

Además, era común doctrina de estos Doctores la actividad de la materia celeste. No alterándose ésta, sino sólo moviéndose, influye, decían, virtud en los cuerpos sublunares. Y consiguientemente afirmaban que el andar de los astros con tanta regularidad, trabazón y admirable correspondencia, les viene de la pureza de la materia celeste. Toda la escuela propugnaba esta doctrina y la tenía por cierta, después que santo Tomás la había autorizado con su firma, tomándola de Aristóteles: llamaban esta materia con el Angélico *æviterna* é inmutable; no infinita, sino indivisible, aunque *coexistenter* fuera divisible. Por lo mismo, querían que la materia etérea fuese distinta de la terrestre, porque aquella tiene su forma y no la pierde, ni le hace falta otra ninguna; la terrestre, al contrario, no tiene forma fija: y de aquí les era llano concluir no ser cuerpo simple el éter al tenor de los cuatro,

sino un quinto cuerpo de especial indole, simplicísimo, blandísimo, purísimo, exento de mezcla de contrarios, incorpóreo, invisible, puesto fuera de la jurisdicción de nuestros sentidos, sin el grueso y tomo de los cuatro elementos. Todas estas proposiciones resumen la enseñanza del doctísimo Padre Maestro Domingo Báñez, y de gran número de contemporáneos, dado que no todos pensaban de igual manera.

El mismo Arriaga, con seguir las huellas de Molina y de Tanner, no acierta á significar su concepto: cuando parece que hace recusación de la sentencia contraria, sale con que el cielo ni es aire, ni fuego, ni tierra, ni agua, sino una quinta esencia distinta de los cuatro simples, y á mayor abundamiento, «esta verdad, añade, es profesada por todos los maestros y doctores comúnmente» (*quam veritatem jam communiter omnes defendunt*). Ello es que no acababan de concertar sus doctrinas, por más esfuerzos que hiciesen en procurarlo; pero ¿quién duda que hablaban barrruntando del éter sin ellos apenas caer en la cuenta? Digno es el prestantísimo Pereira de especial memoria por su celo y autoridad: enseñaba á los fines del siglo xvi que los cielos no son de fuego, ni calientes de suyo, pero tienen virtud para engendrar calor en las cosas sublunares², propiedad muy característica del éter. Con más claridad el P. Juan Eusebio Nieremberg, á principios del siglo xvii, escribía: «El campo en que corren las estrellas es una materia liquidísima y sutil, que no pueda retardar sus ímpetus. Esta materia es etérea é ígnea, que se podía decir ser la esfera del fuego que coge todo el coso en que corren las estrellas dichas, que son las que llaman fijas y del firmamento³»

¹ Disp. xxix, sect. iv.

² Comment. in Genes., l. II, quest. x.

³ Oculta filos., l. II, cap. xxix.

¹ De div. nomin., cap. iv.

ARTÍCULO II.

Qué es el éter según los modernos.—El éter y la atracción newtoniana.—Testimonios de los sabios presentes.—La materia imponderable y la ponderable se entienden bien del *calam et terram*.—Razones que persuaden esta inteligencia.

DESCENDAMOS á nuestros tiempos y exponamos cómo entienden el éter los maestros de las modernas disciplinas; y de ahí sacaremos qué parte les toca á las voces *cielo y tierra*. La hipótesis de la materia discontinua, generalmente adoptada en nuestros días, ha reemplazado el vacío de Demócrito, trocándole por el éter, elástico, vibrante y rarísimo, en cuyo seno se mueven los átomos imperceptibles. El éter es una substancia, incesablemente agitada (así opinan los atómicos) por vibraciones que se transmiten á los átomos y van y vienen sin parar un punto; compónese de átomos de segundo orden, que juntados forman moléculas de materia ponderable. «Es imposible resolver este problema», dice el gran químico Wurtz¹. Al físico Poisson le pareció lo contrario. Sea de esto lo que fuere, el éter es considerado intermedio elemental que penetra en todos los cuerpos; y en él nadan todos sumergidos. Es mensajero radiante que recibe y despacha en forma de calor y de luz las vibraciones que le imprimen el sol y los astros más remotos, y remite á los espacios siderales las que le llegan de nuestro mundo solar. Otro tanto acontece en los espacios reducidos: los átomos ponderables se revuelven en el medio etéreo con velocidades diversas, dando y tomando del éter ondas de diverso linaje, y ejecutándose por esta recíproca comunicación fenómenos físicos y químicos de grande

¹ *Revue scientif.*, t. xv, p. 458.

importancia. Esto han discurrido los más de los modernos maestros.

El P. Secchi, una de las plumas de mejor sabor científico que nuestra edad reconoce, ingenio de grande estima por los estudios que hizo del éter, después de pesar los reparos de ciertos físicos que referían á la materia ponderable los efectos caloríficos y eléctricos, se convenció de cuán indispensable cosa era el admitir la realidad del éter, sin cuya acción quedábase por explicar, en su opinión, gran parte de los fenómenos naturales. Advierte con oportuna cautela que el éter, con ser ajeno de gravedad, es de suyo inerte; que posee una índole diferente de los cuerpos conocidos hasta hoy; que dista mucho de ser una fuerza; que, al contrario, es inconcebible la idea de fuerza en la explicación de los fenómenos naturales, si no se la mira como ser distinto del éter; que, en fin, demás de su inercia y suma elasticidad, tiene íntima en su esencia la condición de material y de sujeto á las leyes de la materia.

La atracción universal ha sido hasta el presente la mágica palabra que sirvió para explicar las peregrinaciones que en disonante armonía andaban haciendo los cuerpos celestes. Una suerte de animación parecía florecer en las entrañas de los globos, un como centro de vida que convidaba hacia á sí y halagaba con su atractivo los centros de los demás cuerpos; y éstos, seducidos del hechizo, se rendían y dejaban vencer á la fuerza irresistible de la atracción. El hecho no puede ser más evidente; deslumbra al que osare negarle. La prudencia del inmortal Newton expresaba este fenómeno, diciendo que pasaban las cosas *como* si en efecto se atrajesen los cuerpos unos á otros. Pero trató la curiosidad de meterse á filosofar; discurrieron sobre la causa, y toda aquella máquina hubo de venir por fin deshecha al suelo. Ya

el incomparable Euler oía con desabrimiento los ponderativos encomios de la invención newtoniana, y no concedía á los cuerpos sino una cierta impulsión que los meneaba y hacía correr. Á la atracción ha sucedido el éter. El éter, fluido rarísimo, elástico, sutilísimo, que esconde su virtud en los rincones más íntimos del cuerpo, que burla las atenciones de los sentidos, de quien se dice que es, más por que parece que obra que porque se le vea obrar, pasa en el día de hoy por un misterioso agente que en todas partes y circunstancias apremia, incita y asiste á los cuerpos, y los hace caminar con una velocidad proporcional á sus masas y en razón inversa de los cuadrados de la distancia.

Califiquemos esta sentencia con el peso de algunas autoridades. El doctor Whewell dice: «De las noticias de Newton sólo queda el éter, substancia material imponderable, cuya existencia se demuestra por la transmisión de los movimientos que constituyen la luz.»—Clark Maxwell: «Tenemos motivos para creer que hay un medio etéreo que llena con su presencia el espacio, y se entaña en los cuerpos, hábil para agitarse y entrar en movimiento, apto para transmitir sus agitaciones de un punto á otro, y comunicárselas á la materia más tosca, calentándola y modificándola diversamente.»—M. Grove: «La luz proviene de la vibración ó movimiento de moléculas materiales, así como el sonido se propaga por las vibraciones de la madera, y las ondas por las agitaciones del agua. Lesage, Le Ray, Chase y otros han sudado en el estudio de las leyes observadas por el éter, derivando de ellas consecuencias curiosas tocante á los cursos de los globos celestes.»—«Puede tenerse por totalmente cierto en el día de hoy (decía el

abate Moigno) que el fluido luminoso, ó sea el éter, infinitamente tenue é infinitamente elástico, que con sus moléculas animadas de vibraciones rapidísimas da continuos y numerosísimos pasos, es la fuente manantial de donde emanan las atracciones de los cuerpos celestes, la condensación de la materia y la formación de los mundos estrellados y planetarios¹. Mucho dicen estas palabras del erudito abate; grande trecho han caminado las hipótesis de entonces acá; no es fácil adivinar si el que las pronunció se ratificaría en ellas ahora que en un año se camina lo que antes en un siglo en la carrera de las ciencias naturales.

El ilustrado J. A. Zanon, dice: «Cuando defendiendo la existencia del éter universal, como medio que penetra y rodea todos los cuerpos, no hago cuenta que cada átomo, cada molécula corpórea ponderable, esté cercada necesariamente de atmósfera etérea.»² Y más adelante añade: «Las objeciones de Grove sirven para probar que el éter no entra necesariamente en la constitución física de los cuerpos; pero dejado aparte esto, se deberá admitir que el éter existe.»³

Supuesta, pues, la sentencia de san Agustín, que en nuestros días, como dicho está, es la comúnmente recibida, conviene á saber, que la entidad de las substancias fué criada en un acto simplicísimo, y que en tiempos sucesivos pausadamente se fueron formando las cosas; discurren los modernos sabios que la palabra *bará* expresa aquel acto del eterno Criador, que bastó para dar ser á los primeros elementos, sin que haya sido menester secundarle, y sin que se haya perdido ni malogrado la más mínima parte de la creación. Así los más esclarecidos filósofos, Pianciani, Pesch, Liberatore,

¹ *Les splend. de la foi*, t. II, p. 944.

² *Analisi delle ipotesi fisiche*, 1885, p. II, cap. I.

³ *Ibid.*, cap. III, § 138.

¹ *Philos. Transact.*, 1868, I p., p. 460.

² *Los Mondes*: juillet, 1874.

Tongiorgi, Palmieri, Arduin, Carbonelle, por no citarlos á todos.

Al que le pusiese en admiración el usar Moisés dos palabras tan distantes como son *cielo* y *tierra* para comprender en uno toda la materia junta, no será para desestimada la opinión de muchos excelentes ingenios, que han llegado á sospechar que *cielo* significa la materia imponderable, ó sea el éter finísimo, y *tierra* la materia ponderable, ó sea la substancia de los cuerpos simples. Y aunque el deseo de llevar la contra á los que se fingen ciegos y no quieren ver, hácelos de aguda vista para salir con su porfía, y los obliga á echar mano de arbitrios cualesquiera; todavía no faltan á estos claros varones fundamentos en que apoyar sus conjeturas.

Porque primeramente el espacio celeste en que se exhiban los globos sidéreos está henchido de éter; ese que llamamos *cielo* es el vacío lleno de masa etérea, en cuya capacidad corren libremente los astros; pero *tierra* indica de por sí los determinados elementos simples que se dan la mano para constituir nuestro globo y los demás que desde acá contemplamos. Sea, pues, que Dios revelase á Moisés, sea que encubriese el sentido de estas voces, ¿por qué no pudo haber estampado por divina inspiración vocablos tan magníficos que expresasen puntualmente estos conceptos? Además, la materia ponderable y la imponderable son las únicas substancias que podían existir ante toda formación concreta; y si *cielo* y *tierra* eso no significan, ¿quién dirá fundadamente qué cosa significan? También el especificar Moisés que la *tierra* se hallaba vacía y en confusión, y callar el estado del *cielo*, ¿no prueba por ventura que el *cielo* etéreo, por su elasticidad, no está sujeto á mudanzas, bastándole su forma propia, y que sólo la *tierra*, de suyo inconstante, á puro cambiar de forma,

había de ser madre de tantas generaciones de seres? Especialmente que la palabra original *schamaim* (שמים), que algunos eruditos derivan de *esch* (אש—fuego) y de *maim* (מים—aguas), parece cifrar las propiedades del éter; así como *aretz* (ארץ—tierra) dice lo pesado, tosco y grosero; y si vistió Moisés estos conceptos con traje tan raro al parecer, excusa esa necesidad la pobreza de la lengua hebrea, que carecía de voces para representar tan nuevos arcanos.

ARTÍCULO III.

Los filósofos Escolásticos no son contrarios á la materia ponderable é imponderable.—Contrariedad entre los modernos.—¿Qué juicio formar de la teoría del éter?—No se opone al Génesis.

En segundo lugar, acaba de verse cómo los antiguos filósofos y los teólogos Escolásticos dieron cabida al quinto elemento, al éter, y explanaron la constitución del mundo con los cinco principios materiales. Y pues fuera del éter admitieron los cuatro elementos como significativos de la materia ponderable, y los resumieron en el nombre mosaico de *tierra*, forzosamente consideraban el mundo sensible constante de dos partes esenciales: éter y materia cósmica, materia ponderable y materia imponderable. Por este motivo, santo Tomás, comentando un lugar de Aristóteles¹, en que define ser la materia una en todos los cuerpos, dice así: «Si son cuatro los elementos, claro está que las materias han de ser otras tantas; llama Aristóteles aquí materias la misma materia prima en cuanto determinada por las formas de los elementos y primeras cualidades tangibles... Y es menester que las materias sean cuatro para que la materia prima sea

¹ De celo, l. iv, cap. v.

común á todos... porque todos los elementos se engendran unos á otros y tienen una misma materia ».

Lo tercero: lo que la autoridad aconseja, persuádelo y hácelo evidente la razón. Porque si intentaba Moisés describir la creación universal, era muy puesto en orden que primero significase los principios de las substancias corpóreas, especialmente cuando no podían ellos existir sin verdadera creación, y, criados ellos, eran suficientes con el concurso divino para dar ejecución á toda la fábrica del universo. Pues en todo cuerpo, bien mirado, escóndese una naturaleza individual, que es asiento de todas las fuerzas y accidentes que en el cuerpo se actúan. ¿Quién negará que existe en todo cuerpo un principio material que tiene su substancia derramada por el espacio en partes siquiera menudísimas? Solamente podrán poner duda en esto aquellos filósofos monistas que califican de sueños ó de vanas apariencias los seres corporales, y los dinámicos que sólo cuentan fuerzas en los cuerpos. ¿Con qué linaje de argumentos combaten la existencia de la materia estos idealistas especulativos? Con invenciones que hurtan el cuerpo á todo examen y se deshacen á la más leve consideración. Porque ninguna fuerza con su simplicidad es capaz por sí misma de producir un compuesto material y extenso. ¿Qué nos dice el concepto de fuerza sino orden á la acción? ¿Y no ha menester la acción, que es de suyo accidente, substancia en que estribar? ¿Qué sería una acción sin asiento, una operación sin estribo ni sostén? Además, la fuerza en sí considerada no puede padecer, sólo puede obrar, y esles forzoso á los cuerpos padecer impresiones, impulsos, choques, contactos, y que posean un elemento pasivo, que con el activo se

componga y cuadre. Luego preciso es admitir que los cuerpos constan de materia, que se extiende y ocupa lugar, formando una realidad substancial, impenetrable y desparramada. Las mínimas partes suyas no es menester que estén separadas entre sí por espacios totalmente vacíos; porque sin esa disposición se explica perfectamente la densidad y rareza de las masas y los movimientos ondulatorios y vibratorios. Porque «la densidad y la rareza, decía ingeniosamente Suárez, no parece consistir en la posición de las partes, sino en cierta propiedad y en tal manera de haberse, que en virtud de ella mucha materia pueda estrecharse y reducirse á pequeño volumen, como dice santo Tomás: *lo cual entiendo yo de una intension de la cuantidad en orden á ocupar lugar* »². También los filósofos de Coimbra enseñaban que «en las cosas que se enrarecen, todas las partículas, por mínimas que sean, hácese más extensas, no precisamente por el acceso de nuevas partes de cuantidad que con las anteriores se continúan... sino porque la misma cuantidad que antes perfeccionaba menos materia, ahora al explayarse perfecciona más la misma materia »³. Esto tenían los Escolásticos, sin perjuicio de que «en muchos casos, como quiere el P. Pesch, debamos hacer alguna cuenta de los intersticios vacíos que median entre partículas materiales, y hay que concederles algún oficio, con tal que no los pongamos absolutamente exentos de materia imponderable »⁴.

Finalmente: admitieron los Escolásticos en la substancia corpórea partículas pequeñísimas, resolviéndola en ellas, y componiendo con los menudísimos elementos el cuerpo mixto,

¹ In IV, dist. 1, q. 1, q. 3.

² Metaphys., dist. xiii, sect. v.

³ In lib. 1, De Gener. cap. v, q. xvii, a. 3.

⁴ Instit. phil., lib. 1, disp. iii, sect. ii.

¹ In l. viii, Met., lect. iii.

sin despojarlos de su nativa virtud. No querían la divisibilidad infinita, sino «hasta un cierto término, dice santo Tomás, por poseer cada cuerpo su cuantidad determinada según su naturaleza». Lo mismo enseñó después el cardenal Toledo¹; y los Conimbricenses requerían tres cosas antes de la introducción de la forma del mixto; concurrencia de los elementos en un lugar, mutua acción, y mezcla de menudísimas partes². Consiguientemente, concedían que en cada cuerpo la materia es continua en cuanto recibe unidad substancial por la forma; mas no negaron la existencia de poros, intersticios y espacio medio entre las casi infinitas moléculas³. «Basta», decía Suárez, que las partículas tengan naturalmente alguna unión, sea cual fuere; y ésta es suficiente para que todas puedan sujetarse á una forma y concurrir á constituir con ella un ser⁴.

De aquí es que no va contra la doctrina de estos esclarecidos filósofos el introducir entre las partecillas materiales intervalos vacíos de materia ponderable, con tal que los spongamos llenos de éter; y así la doctrina del éter de ninguna manera ofende ni hace agravio á la doctrina escolástica. Cuando, pues, nos dicen los modernos que en la polarización se dilacera y rompe en mil partes el éter por menudísimas moléculas de materia; que los cuerpos son transparentes si dejan pasar las ondulaciones del éter á través de los átomos; que son opacos los que embarazan y arredran el movimiento ondulatorio; que son colorados los que dejan propagarse por los intersticios de sus masas ciertas on-

¹ *Quest. Disput.*, q. vi, *De Potentia*, a. 11.

² *Lib. 1. De Generat.*

³ *In lib. 1. De Gener.*, cap. 8, q. 1, a. 2.

⁴ S. THOMAS: *Opusc. de nat. et mal.*, cap. viii.—*De sensu et sensato*, lect. xv.

⁵ *Metaphys.*, disp. iv, sect. iii.

das luminosas y otras no; que se electrizan cuando se acumula en su masa exceso de éter ó se destierra de ella; y que otros mil efectos observa la química en las combinaciones y descomposiciones de los átomos debajo del señorío del éter: cuando estas maravillas ponderan los modernos, nada dicen que dé enojo á los antiguos ni empañe el resplandor de sus doctrinas. Y baste lo dicho para hacer ver cómo los peripatéticos admitían, fuera de la materia ponderable, otra materia que henchía los vacíos y les servía para explicar la densidad y rareza de los cuerpos. No repugna, pues, la existencia del éter ó materia imponderable á las ideas filosóficas de los insignes maestros; y siendo así, es muy gran verdad que el éter y la materia cósmica dan perfecta razón del cielo y tierra del Génesis, objeto único de la creación que este primer versículo señala. Si, pues, Moisés, ó Dios que le descubrió sus secretos, quiso significar aquí los primeros principios de las cosas y representar los rudimentos de la mundana creación, no clara y sencillamente, sino figurada y envueltamente, teniendo por bueno el hablar así para que los judíos no torciesen á sentidos extraviados la pureza de las palabras, no debemos poner duda sino que no podía más adecuadamente hablar para expresar lo que quiso de una manera algo encubierta y obscura.

Lo que llevamos expuesto en este capítulo podrá tal vez inducir á alguno á creer que hemos intentado hacer lucida salva á la reinante opinión del éter, y rescatarla de las violencias que padece. No ha sido ese nuestro intento. No creemos la fortaleza del éter tan bien artillada y cercada de baluartes, que no deba temer las baterías enemigas, ni pueda ser entrada á saca, batida en brecha, desportillada, y aun derrocada y hecha montón de ruinas. Ya se oyen

de lejos las voces de los descontentos mecánicos que claman, deseosos de novedades: ¡Afuera el éter! ¡afuera el éter! Muy á la clara han manifestado los Faye, y los Grove, y los Hirn sus prevenciones y amenazantes alharacas contra la existencia de esta finísima materia, aunque parezcan aplaudirla. El éter, perdida la estimación y confianza de los sabios, atropellado por la pertinacia de los descontentos, falto de vigor y poder, tendrá que morir á manos de la moderna curiosidad, y trocará en marcha fúnebre sus tan repetidos himnos de triunfo. El eminente naturalista Lapparent, en 1886, levantaba su autorizada voz en son de queja contra el éter y sus ondas. «El concepto de éter, decía, implica una verdadera contradicción. ¿Qué es ese cuerpo tan sutil que no puede ser visto ni sentido, elástico por excelencia? ¿tan elástico, que ninguna de sus partículas puede mudar de sitio sin que se disloquen todas las vecinas?... ¿Qué ánimo filosófico, aunque más condescendiente sea, quedará satisfecho de semejante anomalía? Por esto es fácil de entender la conjuración de una nueva escuela de físicos que claman: abajo el éter. Por desgracia, no basta destronar al rey; preciso es señalarle sucesor; y no es cosa tan haccedera.... Así, al paso que las ciencias físicas realizan admirables progresos en el campo de los hechos, en el de las teorías filosóficas andan vacilantes y mal seguras¹».

Corrobórase la observación de Lapparent por la invención del ingeniosísimo Hirn. Este prestantísimo físico prosigue aún la bandera levantada contra el éter, resuelto á echarle del campo sidéreo. Los efectos mecánicos y caloríficos que el éter material, por sutilmente difuso que se le suponga, debería causar en los volúmenes

¹ *L'avenir du dynamisme*, 1886.

² *Cosmos*, 27 Sept. 1886, p. 240.

planetarios y cometarios, habían de ser con el andar de los tiempos tan desastrosos y notables, que á ojos vistas se tendrían que sentir; y qué astrónomo ha llegado hasta el presente á sospechar la menor alteración en los movimientos de nuestro sistema solar? Y eso, aun en el caso que la densidad del éter fuera un millón de veces menor que la del aire, que resta, hecho el vacío, en la máquina de Crookes, ó sea, una billonésima parte del aire común que respiramos, como lo supone Hirn. Las razones que el físico alsaciano presenta en pro de su tesis, llámallas abrumadoras (*réfutation écrasante*) Juan d'Estienne², el cual lleno de pavor no osa poner en ellas las manos. Empero, cuando Hirn trata de reemplazar el éter por el *elemento dinámico* ó por el *agente mediánero*, inmaterial, que ni es cuerpo, ni espíritu, sino mera fuerza, ó suma de fuerzas sometidas á leyes matemáticas; aquí resueltamente se estrella Juan d'Estienne con esa quimera, y la castiga y deshace con la vara de su erudición: porque un agente, que ni es material ni espiritual, y es extenso con todo eso, y está dotado de virtud para mantener comunicaciones entre los cuerpos esporádicos del espacio, ¿qué puede ser sino un ente de razón, nacido del hipo de destruir y de la dificultad de edificar? Tan increíble parece el elemento dinámico de Hirn, como la Nota presentada por el abate Moigno á la Academia de Ciencias de París³, en que pretendía probar que todos los cuerpos simples esparcidos por las masas siderales constan de moléculas de hidrógeno, siendo cada molécula de hidrógeno un grupo primario de átomos de éter.

Otra mayor y más increíble exorbitancia se le ha ofrecido al P. Leray,

¹ *Constitution de l'espace céleste*: 1889.

² *Revue des questions scientifiques*: 1889, p. 544.

³ 16 Abril 1883.

eudista, deseoso de explicar la elasticidad del éter, y el calor y la gravedad de los cuerpos. El *eón*, fluido livianísimo, de densidad homogénea, falta de calor, exento de elasticidad, privado de peso: tal es el oculto agente que, según el P. Leray, demuestra las leyes que guardan las causas físicas, gravedad, luz, electricidad, calor. En las corrientes eónicas se mecen los átomos de éter, el cual es pesado y ejerce con su gravedad una presión mayor que el aire mismo, en sentir del P. Leray. El átomo etéreo viene á ser un amontonamiento de átomos de *eón*, gobernados por una mónada de segundo orden; no de otra manera que un átomo de cuerpo simple es un cúmulo de átomos de éter, regidos por un *alma mineral* (?) que carece de principio de vida. El átomo etéreo en el océano eónico queda en equilibrio, y no es hábil para producir calor; de arte que donde sólo hubiera *eón* y éter, tendríamos un frío absoluto. El calor y la gravedad toman su origen dentro del átomo químico, el cual está penetrado de *eón* y rodeado de éter.

Tales son los cimientos en que estriba toda la fábrica de esta teoría. «Las suposiciones rebosan, dice, en mi libro; pero yo tengo cuidado de escoger las que juzgo por más probables. Con esto queda sentenciado el libro todo. Con harta razón los miembros de la sección de Ciencias Naturales en el Congreso científico internacional, celebrado en París, apretaban al P. Leray que diese explicaciones acerca de la naturaleza del éter y del *eón*: las estamos aguardando. El silencio de los sabios, y las dificultades que hallan en dar un juicio acertado, hablan muy alto contra el nombre de que tanto blasonan.

¹ Essai sur la synthèse des forces physiques, 1885.—
L'origine et la conservation simultanée de la chaleur de la pesanteur, 1888.
² 10 Abril de 1888.

No sin suficiente motivo pensamos que los niños que en el ocaso de este siglo vienen al mundo, dentro de cincuenta años harán burla, muy á su sabor, de los hombres científicos que ahora son tenidos por oráculos; y se recrearán, zumbándose, con los fuegos fatuos que en el día se celebran por resplandores de la ciencia; alegando por justificación de sus zumbas, que «entregó Dios el mundo á la disputa de los hombres».

Tal es el destino de las opiniones humanas: tal la desgracia de nuestra edad. Mas la palabra bíblica, que es lo que queremos concluir, es de tan acendrado metal, que no hay teoría que se le atreva ni baste á mellar la fuerza de su poderío. Hemos procurado poner en claro cómo la hipótesis moderna del éter no está reñida con la doctrina de los Padres y Doctores de la Iglesia; y creemos firmemente que, lejos de desmentir la dignidad de la Biblia, se ajusta perfectamente con ella, y realza el misterio de sus voces. Pero de tal manera están preñadas de sentido las letras sagradas, que si mañana sale á luz una nueva teoría, y cien otras que pretendan exponer de otra manera la constitución del mundo; dormir podemos á sueño suelto, seguros de que reinará la narración de Moisés sobre todas las dificultades, respirará á todos los intentos, correrá parejas con todos los sistemas que se inventen, como tengan visos de probables y de noblemente discurridos. Así que la perniciosa teoría del éter, por conforme que sea con la doctrina aristotélica, por grande que haya sido su fama, por calificada y autorizada que esté, dista infinito de ser la relatora y patrocinadora de la palabra genésica. La demuestra verdadera, no la hace tal; es prenda, no fundamento; indica, no agota su misteriosa fecundidad.

³ Ecles., III, 11.



CAPÍTULO XI.

EL CAOS.

Terra autem erat inanis et vacua et tenebra
erant super faciem abyssi. (Vers. 2.)

ARTICULO I.

Diversas significaciones del *tohu vabohu*.—Notable exposición de san Gregorio Niseno.—Conveniencia entre el caos y el *tohu vabohu*.—Diferencias entre ambos.—Cómo entienden el *tohu vabohu* los modernos.

DECLARADA en el primer verso la materia total de la creación, pasa el sagrado escritor en este segundo á referir las circunstancias que la acompañaron á poco de haber existido. Son casi infinitas las traslaciones que de los expositores ha recibido esta obscurísima palabra (*הוהו ובוהו*) *tohu vabohu*, que en su lúgubre sonido lleva la marca de la confusión y fealdad. La Vulgata tradujo el *tohu* (*הוהו*), *inanis*; los Setenta, *invisible*; el Siríaco, *desierta*; Aquila, *vaciedad*; Simaco, *inerte*; Onkelos, *solitaria*; Teodoción, *vacía*. La que llama la Vulgata *vacua* (*הוהו-בוהו*), los Setenta dijeron *desordenada*; el Siríaco, *desaliñada*; Simaco, *informe*; Onkelos, *vacía*; Aquila, *nada*; Teodoción, *nonada*. Los escritores cristianos dieron al *tohu vabohu* varios sentidos: de *cubierto de aguas y sin vida*, san Agustín; *sin luz y sin figura*, san Ambrosio; *sin hermosura y sin orden*, san Cesáreo; *sin ornato y sin poblar*, Peta-

vio; *soledad y vaciedad*, Alápide; á cuyas interpretaciones añádanse las de Aben-Ezra, *nada sólido y subsistente*; de R. Selamo, *vastedad é inanimidad*; de David Kinico, *desolación y estupor*; sobresaliendo los cabalistas judíos en llamarla *materia y forma*; materia, ó sea el *δύναμις* de los griegos, de que fabricó Dios todas las cosas dándole adecuadas moles y forma, con que completó y hermoseó la materia.

Entre tanta variedad de sentidos, es digna de particular consideración la paráfrasis de san Gregorio Niseno, que viene como á epilogar las interpretaciones todas. Dice este esclarecido escritor, que como no existiese la tierra en su propio ser, sino como en germen, carecía de propiedades por donde pudiera ser calificada, y esto la hacía invisible. Sus palabras son estas: «Escrito está: la tierra era invisible y desaliñada, para darnos á entender que todas las cosas estaban en potencia (*τη δυναμις*) en aquel primer conato de engendrar; como si hubiera echado Dios la semilla para procrear el mundo; pero en el acto ninguna cosa tenía ser propio. La tierra, dice, era invisible y por hacer, como si dijese: era y no era; pues que aún no

⁴ DRACH: La Cab., 1864.

habían concurrido en uno las cualidades que debían herosearse. En aquella súbita creación del mundo estaba la tierra incluida con todas las demás cosas, y faltaba el añadirles cualidades, y es lo que suena el hacer. Porque en el decir la Escritura que era invisible, demuestra que ninguna cualidad tenía.¹ Por estas palabras se deja entender, y lo notó el P. Petavio², que como pensase el Santo que la tierra no existió en acto sino en potencia, en cuanto, es á saber, fué antes diseminado por los espacios lo más fino de su substancia; con justísima razón añadió después que, ni el cielo, ni la tierra, ni las demás cosas, fueron de verdad tales en sus principios, pues carecían de propiedades que las hiciesen especiosas y sensibles.

Con claridad y tino incomparable expone san Buenaventura el estado caótico de la materia primordial por estas memorables palabras: «Todos los que de este asunto trataron, unánimes convinieron en que aquella materia, que primero fué producida por creación, no estuvo en estado de posibilidad ni en carencia de toda forma. Aquella *informidad* la entendieron los doctos de diversa manera. Algunos quisieron decir que fué llamada *caos* por la muchedumbre y contrariedad de formas que dominaban en las partes de la materia... de suerte que hubiese una cierta mezcla de confusión, y no de proporción; y en vez de acción regular, reinase confusión de pugna, peleando lo cálido con lo frío, lo húmedo con lo seco; en este sentido llamaban *caos* aquella materia. Pero esta explicación más es poesía que filosofía, imaginación y no razón; tanto más, cuanto que ahí se supone que los elementos precedieron á este estado de la materia, lo cual ni la razón ni la Escritura lo confirman.

¹ In Hexameron liber.

² De Opif. sex dier., l. 1, cap. m.

«Otro modo más razonable hay, y es este. La materia fué criada con alguna forma; mas esa forma no era completa, ni daba á la materia ser completo (*non erat forma completa, dans materiæ esse completum*), sino que le quedaba disposición y aptitud para ulteriores formas. Y como la materia informe tuviese inclinación á formas múltiples, aunque su forma inicial no mostrase ser de naturaleza diferente; con todo, en sus partes diversas encerraba una cierta diversidad imperfecta, que provenía, no de diversos actos completos, sino más bien de las tendencias á cosas diversas.³ Significan estas acertadísimas expresiones, que la nebulosa primitiva poseía en su totalidad una sola forma, y que sólo contenía en su seno elementos de igual condición, sin que se hubiese efectuado aún combinación ni composición alguna. Pero de tal manera eran unos en la condición, que se diferenciaban imperfectamente, porque el átomo de oxígeno no era el de hidrógeno, ni estaban dotados de iguales ocultas inclinaciones.

Confirma el Seráfico Doctor su pensamiento con el símil del embrión, el cual, debajo de una sola figura, encierra disposición á tanta diversidad de miembros. Pero acude luego el Santo á la inexactitud de la comparación, diciendo, entre otras cosas: «La forma del embrión es visible, y con sola fuerzas naturales reducible á perfecto complemento; pero la materia era descompuesta é invisible debajo de aquella forma, y solamente con el poder de Dios podía caminar á las formas subsiguientes, que por esta causa se llamó informe, así como por el indeterminado apetito de muchas formas se dijo confusa y mezclada. Esta explicación pareceme bastante llana y probable.⁴ Verdaderamente pasma la exactitud y

³ Sent. ii, dist. xii, a. 1, q. 111.

⁴ Ibid.

profundidad de este doctísimo escritor. ¿Qué le faltaba sino el lenguaje y la terminología de Laplace para hablar como él, y aun con más gallardía y nobleza?

Según esto, pues, deberemos entender que la que había de ser tierra no era tierra, sino cosa liviana, bulto y nonada embarazosa, que ni era de ver, ni tenía belleza, ni semblante alguno; para que fuesen convencidos de ciegos los que se la habían fingido eterna, y la viesan, siendo criada para albergue de hombres, cuál estaba de vacía y despoblada, y cuán inhabitable era, sin primor, ajena de semillas y de minerales, masa, en fin, confusa de puros elementos, que ni señales daba de haber sido hecha para fin tan excelente. Todos estos sentidos concede al *tohu vabohu* el sapientísimo Maestro Domingo Báñez, de la Orden de Predicadores¹, sosteniendo, además, que la *informidad* probablemente precedió en tiempo á la formación de la *tierra*; si bien no osa dejar desnuda de probabilidad la sentencia contraria, al menos en lo tocante al *cielo*, pues que la materia de él paréceme al docto maestro muy puesto en razón que quedase, en el acto de salir á luz, formada y con entera perfección. Ya se lo había advertido el Doctor Angélico. «Si la tierra se toma por elemento aún informe, dícese *vacta é inane* por la carencia de cuerpos mixtos, á los cuales da lugar y á cuya formación se ordena como á fin.²»

Siguiendo las huellas de estos claros Doctores, bien podemos inferir con el esclarecido P. Pianciani, que nuestra tierra fué, á poco de criada la materia, una gran corpulencia de innumerables átomos sin trabazón ni hermosura. Figuraron los griegos aquel estado de confusión con la enigmática voz *χάος*, *caos*, empleada por el judío Wogue

¹ In I p., q. lxxv, a. 1.

² In II, dist. xii, q. 1, a. 5.

en su versión, haciendo de paso notar que los vocablos *tohu vabohu* son ambos sustantivos y no adjetivos. Es muy digna de ponderación la memoria que hacen las cosmogonias paganas del estado caótico, antes de describir la formación de las cosas. Ya Sanconiaton introdujo el caos en la de los fenicios; Zoroastro celebra en la de los persas una mixción de bienes y males; Confucio, declarada la existencia de la razón infinita, conmemora la materia informe en el caos, que, dice Luken, tardó diez y ocho mil años en esclarecerse; y tratando de las tradiciones orientales, M. D'Anselme, en su *Monde païen*, según que le trae el abate Gainet³, dice: «En el Tonkin créese que el cielo y la tierra nacieron de una substancia material sin inteligencia y sin vida. En el Japon la tradición hace del caos un ser confuso, flotante, antes de fabricarse las cosas, en el seno de las aguas primitivas, tal cual podía ser entonces la tierra sin consistencia ni forma, como habla el Génesis.» Más claramente leemos el *tohu vabohu* en el *Manava-Dharma*, ó código de Manú, donde se pinta el «negro caos informe, profundo, abismo inane, sin vida y todo oprimido de sopor». La misma desnudez de elementos descúbrense en la cosmogonía de los banlianos, de los mixtecas, de los egipcios, de los germanos, y muy en particular en la de los griegos, quienes inventaron el nombre *caos*, como está dicho, para representar la desordenada mezcla de los primeros elementos. Y así dice Platón en su *Timeo*: «Todo cuanto era estaba sin sosiego y muy revuelto, y del desorden lo transfirió Dios al orden y compostura.» Y Anaxágoras: «Todo era confusión y desorden: acercóse la mente, y lo segregó y distinguió.» De Hesíodo tenemos que escribió: «Lo primero que

³ Hist. de l'Asie et du Nouv. Test., p. 1, chap. II.

existió fué el caos. Aristóteles pensó que aquí Hesíodo por caos entendió la nada, y que de la nada hizo Dios la tierra; y mas poco vale en esta parte su autoridad; y si valiera, no iría contra lo que intentamos probar. Finalmente, la suma de todas las tradiciones la expresó el poeta Ovidio en elegantes versos, que vueltos á nuestra habla dicen así: «Antes que criase Dios el mar inmenso, antes que descubriese las tierras, antes que hiciese algo de todo cuanto cubre el cielo, no había más que un bulto y masa, á quien llamaron caos, que era una grandeza ruda é indigesta ».

De notar es la diferencia del caos mosaico al caos gentilicio. Los gentiles, como profanos, en sus cosmogonías hacen por lo común el caos increado y eterno, ó producido por el hado ciego é inerte; Moisés, creado por la divinidad, y obediente y sujeto al imperio de su Hacedor. No le da contento al crítico Rosenmüller ¹ que el *tohu vabohu* se trueque por el caos, pareciéndole inconveniente adornarse los cristianos con despojos gentilicios; que explicar la verdad de Moisés por la vanidad de los poetas, sería como encañar agua turbia para henchir una fuente cristalina. Así, ni más ni menos, discurría el elocuentísimo Lactancio ², echando en rostro á Cicerón la pintura que del caos hace en sus obras filosóficas, y notándole la contradicción en que cae en repetidos lugares. Mas ¿por qué, sino por suponer Cicerón un caos á lo ateo, independiente de la acción de la divinidad? Pero, bien mirado, no advirtió con bastante acuerdo el antedicho protestante, que no son los griegos ni latinos los que inventaron el caos; en todos los pueblos floreció, como dijimos, la memoria de la confusión de elementos materiales; en ningún tiempo se marchitó ni des-

¹ *Metamorph.*, l. 1.

² *Ant. tellur. hist.*, p. 19.

³ *Instit. div.*, l. II, cap. IX.

caeció; cada nación significó en su manera lo temeroso de este concepto, quién clara, quién encubiertamente, unos á tientas, otros sin tino, llegando la tradición á los griegos, que fueron los últimos que bebieron en el alto manantial. Pues ahora, ¿de quién hubieron los pueblos esta particular memoria, sino de la corriente primitiva que, derramada por el orbe, partióse en mil pedazos, quedando en pie las verdades de más bulto, cuales son la formación del cielo y de la tierra y el estado caótico de la materia? Ni los cristianos intérpretes trasladaron de los paganos el caos material; leyéronle en la misma Escritura ¹, y le concluyeron legítimamente de este nuestro versículo.

¿Por qué, pues, á algunos escritores modernos los desazona el caos griego? No les engaña su criterio, y con razón se enojan con el caos, si le entienden como aquéllos le entendían, increado, eterno, sin término y sin principio; pero tomado por materia confusa, informe ó de forma elemental y dispuesta á recibir formas, como los Doctores arriba citados le entendieron, no hay por qué azorarse ni desechar el *yoú* de Hesíodo, ni el *rudis indigestaque moles* de Ovidio. Lo que debieran ellos mirar con horror es la discordia que este poeta entabló entre las cosas húmedas y secas, blandas y duras, ligeras y pesadas; como si pudiera haber verdadera pelea sin que presidiese el campo el Artífice universal, que á cada elemento dió propiedades convenientes y pacíficas. Alucinó á Ovidio el caos sin Dios, y aquí desbarró torpemente, como suelen los materialistas, pintándonos una substancia vacía, sin compostura, nada de implacables contrariedades. ¿Cuánto más razonable es nuestro caos imperfecto, en víspera de ser

¹ Sap., XI, 8.

teatro de ordenada lucha, presidida por su soberano Autor!

Siendo así, podemos ya con fundamento decir que las esencias primeras estaban esparcidas por la inmensa capacidad de los espacios, formando una masa homogénea, ruda y rarísima, cual mole que estaba todavía por organizar, sin forma ni aspecto alguno. Si fingimos con el pensamiento que la materia, cuanta en todos los astros se encierra, en un instante destrabada, se disipa por los espacios, adquiriendo volumen vastísimo, cuyo diámetro llegue del uno al otro confin del mundo, resultará que tantas moléculas sin cohesión, separadas unas de otras, llenarán toda la anchura del insondable golfo, y formarán una temerosa soledad, cual si nada más que puntos de materia por doquier se divisasen. Esta exposición arma á muchos modernos. Ingeniosa cuan magnífica: aplauso merece quien primero la ideó. No parecerá, con todo, menos digna de elogio si la limitamos á la masa planetaria derramada más allá de la órbita de Neptuno, y aun mejor si la aplicamos á la masa terrestre. Esto debe de significar el caos de los Padres y Doctores; esto el caos de las antiguas cosmogonías; esto el caos de los clásicos poetas; esto, en fin, el *tohu vabohu* de Moisés, que exprime más rigurosamente que ninguna otra palabra el estado primitivo de aquella mole de la substancia terrestre flotando en el océano sin fondo y sin orillas del imponderable éter. Porque si medimos con la consideración el estilo del escritor sagrado, y reparamos que tan sólo hablando de la tierra nos pone ante los ojos la confusión y desorden, sin acordarse del cielo, rastreamos que nos quiso dar á entender que el éter derramado por los espacios encarcelaba la materia

¹ JEAN D'ESTIENNE: *Revue des questions scientifiques*, t. I, p. 450.—ARDUIN: *La Religion en face de la science*.

cósmica, y en especial la terrestre, diputada para ser habitable, desvanecida á la sazón, sutilísima, inerte y desordenada.

ARTÍCULO II.

Ocurrése á una dificultad.—Se explica la segunda parte del versículo 2.º.—El caos, las tinieblas, el abismo, expresan el estado primitivo de la materia informe.

MAS, ¿cómo, dirá alguno, en pocos renglones es de creer que pensó Moisés dar al vocablo *tierra* tan disonantes sentidos? Oigamos la respuesta de uno de nuestros más hábiles maestros. «Parece probable, dice el P. Pianciani, que en aquel momento la materia de la tierra no se separó de la de los astros: ciertamente fué separada el día segundo. Mas pues Moisés nombra la tierra, y se echa de ver con harta claridad que luego de indicar la creación de todo el mundo, se aplica á la formación de nuestro globo; podemos bien creer que aquí trata de la materia terrestre, la cual ni otorga ni niega que formase un todo con la otra materia de los astros, y emplea su discurso en la materia informe que después fué globo terráqueo ».¹ Según este docto escritor, el contexto mismo danos licencia para creer que habla Moisés de aquella tierra que nos ofrece ya formada en el día segundo; mas no insinúa antes de ese día particularidad ninguna que represente á la tierra en calidad de globo perfecto: luego en este segundo verso, ó podemos sin detrimento de la letra entender la materia general de toda la máquina del universo, ó la particular del volumen que había de ser nuestra morada. Y apunta la razón más abajo el mismo Pianciani, diciendo: «Sea la Sagrada Escritura, sea la

¹ *Cosmogonía*, § XXVII.

naturaleza, nos enseña que Dios en el dar forma á la tierra quiso proceder de lo simple á lo compuesto, de lo imperfecto á lo perfecto, de lo informe y rudo á lo alinado y pulido. Y así, de pensar es que crió solamente las substancias químicamente simples, llamadas principios de las cosas y de los cuerpos; y que los mixtos se fraguaron de dichas substancias. Muchos Doctores cristianos esto sintieron; bástenos traer aquí el testimonio de san Juan Damasceno ¹, que enseñó que Dios hizo de nada el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos hay; mas unas cosas inmediatamente y por sí, á saber, los elementos; otras, por su orden, de los mismos elementos. Hasta aquí nuestro P. Pianciani.

Tratemos ahora de desentrañar el sentido bíblico de las palabras: «y tinieblas eran sobre la faz del abismo». El vocablo חֹשֶׁךְ *hoshech*, desciende de la raíz חָשַׁךְ *haschak*, que significa estar envuelto en tinieblas; por el mismo caso, señalando los efectos, es tanto como horrorizarse, según Schultens, y tener pasmados los miembros, al modo que Buxtorfio lo entendió. Así *hoshech* tiene significado contrapuesto á claridad, y quiere decir tinieblas densísimas, lobreguez cerrada; y figuradamente, según Gesenio, suma miseria, congoja grande, improbidad extrema. Nuestro adjetivo *hosco* en su sonido pavoroso da una idea del *hoshech*. De aquí dijeron los antiguos que las cosas fueron criadas de noche. Hesiodo dice que la noche precedió á todas las cosas. Preguntado Tales quién fué el primero, el día ó la noche, respondió que la noche. Y Aristóteles refiere el dicho de los poetas que cantaban que los primeros seres fueron noche, cielo, caos, océano. Y pues en lugar cubierto de tinieblas suele reinar profundo silencio y sosiego inaltera-

¹ Lib. II De fide orthod., cap. v.

ble, y la ausencia de luz y calor da lugar á intenso frío, toda buena razón persuade á que con el sabio Arduin veamos en las tinieblas del Génesis comprendidos estos tres calificativos: silencio, reposo, frío.

Más claramente lo indica todavía el vocablo siguiente (תְּהוֹם) *tehom*, de la raíz תָּהַם, que para Gesenio es connover, rehilar. Consiguientemente, *tehom* posee fuerza de océano, estremecimiento profundo, muchedumbre de aguas. Deseosos de indicar la ninguna señal de movimiento en el piélago genesiaco, vertieron los Setenta *abismo*, y la Vulgata aprobó y ratificó la misma voz en casi todos los lugares en que el hebreo tiene *tehom*; para que se entendiese aquí lugar profundísimo sin suelo, aguas sin riberas, mar alto, sima inmensurable. No es, pues, legítima la versión de *ola* que le dan Drach y Glaire al *tehom* del Génesis. La Vulgata, al traducir *abismo*, expresó el verdadero sentido, y nos advirtió que la materia criada estaba de tal manera dispuesta, que semejaba como un abismo sin fondo, horroroso y espantable golfo. Así parafraseó san Basilio: «Es *abismo* copia de agua, en cuyo fondo no es fácil penetrar». Y san Agustín: «*Abismo* es una profundidad impenetrable é incomprendible, y casi siempre dicese de las aguas; allí hay alteza donde hay profundo, que no puede ser vadeado hasta lo más bajo; y según esta semejanza, abismo llama la Escritura los juicios de Dios, que son incomprendibles á la humana inteligencia». Con la paráfrasis de san Agustín niveló la suya el Doctor Angélico en esta forma: «*Abismo* llámase por ser cosa fea, como se dice en el primero de los *Físicos*. Porque *abyssus* viene de *a*, privativo, y *hyssos*, que es un cierto lino blanquísimo: como si

¹ La Relig. en face de la science, I p., leçon x.

² Hom. III, in Hexaemer.

³ Super psalm. XL.

dijera, sin blancura; y esto le sucede á la materia cuando está privada de belleza. Ó si no dicese *abismo*, como si careciese de base y de suelo una gran profundidad, y mayormente de las aguas, según san Agustín.»

Señaladísima es entre todas la explicación del sapientísimo Pereira, que con su agudo ingenio rastreó muchas de las explicaciones que tres siglos después habían de hacer raya. Expuesta la opinión de Cayetano, que juzgó que la abundancia de las aguas del abismo antes del primer día era mayor sin comparación que las del diluvio universal, comenta el sentimiento del venerable Beda por estas palabras: «Beda, no contento con esta elevación de agua, afirma en su *Hexameron* que todo el espacio del mundo que mediaba entre el empíreo y la tierra estuvo lleno de agua; y esa agua, según yo interpreto, era materia húmeda y ácuea, y como nebulosa, no igualmente densa ó rara, sino tal, que más densamente reducida pudiese tornarse agua elemental, y más atenuada pudiese enrarecerse y desvanecerse; y de la cual, cuajada por maravillosa manera, se fabricasen los orbes celestes.» (*Ex qua, mirabili ratione concreta, etiam orbes celestes conficerentur*.)

Hasta aquí este excelente ingenio. Y sin duda había leído en san Agustín la substancia de su dictamen. «Antes de todo hizo Dios el cielo y la tierra; y en nombre de tierra invisible é imperfecta y por tenebroso abismo se significó la imperfección de la substancia corporal, de que aquellas cosas temporales habían de ser hechas, siendo la primera la luz.» Hermosa cuan claramente llama abismo á la substancia elemental.

Finalmente, lo que san Jerónimo tradujo *super faciem*, lo dice en plu-

¹ Comment. in Genes., I, 1, vers. 2.

² De Genes. ad litter., I, 1, cap. xviii.

ral el hebreo חַלְהוּ—*halpene*, y significa que toda la masa mirada por doquier era obscuridad tenebrosa, como advirtió Cayetano. Explicando más largamente este concepto el expositor Alápide, añade: «Los hebreos llaman faz, tanto la superficie interna como la externa; y es como si dijera: toda la tierra y este abismo de aguas ningún rastro tenía de luz ni asomo de color; toda ella, en el interior y exterior, dondequiera, parecía oscura y negra totalmente.» El mismo concepto anuncia aquellas cosmogonías gentílicas, que describieron más en particular la formación de las cosas: junto con el caos ponen la obscuridad del abismo antes de amanecer la luz. Siniestramente, y mal fundados, han creído algunos modernos escritores que la vivísima pintura hecha por Moisés en este verso representa únicamente el semblante del caos visto por defuera; pues las razones expuestas persuaden que quiso retratar el estado del caos y su íntimo ser antes de recibir el sello de la fuerza divina. No hay para qué limitar á la convexa sobreheza aquel frío, reposo y lobreguez mortal; que también las entrañas de la masa inerte carecían de toda luz, eran tinieblas abismadas y sosedada confusión de frísimos elementos. La imagen de cosas tan espantables asombra nuestro pensamiento, sin dar margen á suponer solidez alguna, ni reacciones moleculares, ni efectos mecánicos; y así no llena ni tranquiliza la curiosidad, antes estremece nuestra imaginación, tan deseosa de ver florecer hermosura en las cosas que contempla.

Es mucho de considerar con cuánto acierto Moisés escribió que las tinieblas ocupaban la capacidad del *tehom*, llamado con incomparable acierto *abis-*

¹ Comment. in Genes., cap. 1.

² Comment. in Genes., cap. 1, v. 2.

³ REUSCH: La Bible et la nature, leçon VIII.

mo por los Setenta. No le nombran tierra ni cielo, sino *abismo*, amontonamiento de elementos en grandísima confusión. ¿Qué elementos? El éter y los principios corpóreos, es á saber: la materia ponderable y la imponderable; la ponderable con la quietud de sus esparcidos átomos, destinados á constituir los cuerpos simples; y el éter levisimo con la sutileza de sus imperceptibles puntos. Entrambos elementos, dotados de inercia, yacían en alta noche encarcelados en frigidísima hondura, esperando la hora de despertar, sin que fuese posible vislumbrar la inmensidad de aquel golfo. *Tenebra erant super faciem abyssi.* «En este estado, observa el sabio Arduin, la materia no es todavía el *κόσμος*; es masa sin orden, que bien podríamos apellidar (*ἄλη ἀόρατη*) indigesta materia; empero no (*ἄλη ἀόρατος*), materia informe » con toda propiedad.

ARTÍCULO III.

Calidades del estado caótico. — En qué sentido puede llamarse nebulosa la materia informe. — Cómo han discurrido los tres siglos posteriores á este propósito. — ¿Que tiempo dará el caos?

HABIENDO, pues, criado el Señor el cielo y la tierra, no en su debida perfección, sino en su principal substancia, y criádoles en estado de frialdad, reposo y tenebrosidad, se convence fácilmente, según lo piden los fueros de la ciencia actual, que la materia planetaria fué en la noche de aquel caos *immensurable nebulosa*. El *tohu vabohu* es la más gráfica representación de aquel volumen fluidiforme, sutilísimamente tenue, obscuro y frío. Competente es la apelación de *nullidad, nonada, vacío*, con que le nombran las versiones antiguas. La materia diseminada flotando

sin moverse en la inmensidad del éter, era del todo *invisible y descompuesta*, como la apellidaron los Setenta. Añádanse las tinieblas que, extendiéndose por doquier y guareciéndose en lo más recóndito de la sima, rebazaban con el manto de sus sombras aquel incomparable volumen, con que se denota la negrura, frialdad y majestuoso silencio que moraban en su interior antes que resplandeciese la luz. La sublimidad de estas palabras del Génesis sube de punto y ofusca más nuestra mente cuanto la ciencia más adelanta en el campo de sus conquistas. Porque los elementos, faltos de fuerzas, en perfecta quietud, sin rastro de luz, ajenos de calor, libres de peso, desnudos de propiedades químicas, en estado adinámico, bajo una temperatura glacial absoluta, aterridos de frío sobre todo concepto, derramados sin orden ni concierto por el campo del éter impalpable, ofrecen un aspecto mucho más pavoroso que el amontonamiento de aguas del océano en noche cerrada, acosadas de incomportable desorden. Y sea que los átomos de los cuerpos, llamados simples por la química moderna, fuesen ya distintos desde el principio unos de otros, sea que comenzasen á diferenciarse más adelante, lo cual parece encontrarse con la doctrina de santo Tomás¹; ello es que el estado tranquilo y tenebroso duró, en la nebulosa material, hasta que le plugo al Señor influir en ella su poderosa virtud. ¡Cuán ajustadamente da cuenta el sistema moderno de las tinieblas que tanto cegaron la vista á los antiguos escritores!

Mas cuando *nebulosa* decimos, no es nuestra intención designar aglomeración de gases ó fluidos, que no se conciben sin la acción del calórico, y el calor está tan vecino de la luz que

se comunica inmediatamente con ella: que si así fuera, el *tohu vabohu* dejaría de ser caos y confusión, y vendría á figurar una suma de acciones químicas y físicas concertada y hermosa, cual no podemos imaginar fuese el estado de la materia antes de la aparición de la luz. Mucho menos venimos en admitir que *tohu vabohu* signifique una *nebulosa*, como la que Herschell contempló en muchos puntos del espacio sideral. No era nebulosa la materia cósmica del caos bíblico: si tal apelación se le da, confesión clara es de pobreza de lenguaje. Las nebulosas poseen luz propia, si bien algo amortecida para nuestros ojos, á causa de la casi infinita distancia; el caos mosaico era del todo desposeído de claridad. Si alguna estrella se hubiera formado recientemente de materia elemental derramada en el ámbito etéreo, ¿acaso no existía ya luz, calor, actividad en las masas que le dieron ser, y que á nuestra flaca vista parecían nebulosas? ¿Qué comparación tienen las congeries más livianas y difusas en estado puramente gaseoso de materia no reducida aún á figura redonda, si las hay, con aquella desnudez invisible, con aquellas impalpables tinieblas, con aquella majestuosa calma, con aquel hielo intensísimo de la cosmogonía de Moisés? No parece, pues, que estén en lo justo aquellos escritores que, asimilando la materia caótica á la de nuestras nebulosas, pretenden que la creación aquí referida siguió, ni más ni menos, los trámites que suponen haberse ejecutado en las nebulosas de hoy¹; ni por emplear éstas siglos en sus mudanzas de forma, luego hay que dar á la formación de los globos primitivos tantos millones de años de duración. Si pudiéramos observar de cerca las que nuestra vista aclama nubecillas de gases ó fluidos diluidos, nos dejaría atónitos la com-

posición de aquellas moles siderales que pueblan los golfos de los océanos celestes. Pero de esto hablaremos más de asiento en otro lugar.

Consultemos ahora el sentimiento de los antepasados; veamos qué pensarón del estado de la materia elemental. Baste convocar aquí tres autoridades, una en cada uno de los tres siglos precedentes, para entender cómo ya barruntaban aquellos ingenios las aseveraciones de nuestros sabios. En la *Breve Exposición* del Maestro de las Sentencias, el P. Juan Ripalda escribe lo que sigue: «Por tierra entiéndese la materia universal de los elementos: y lo mismo suena el nombre de agua. La materia fué creada informe y ruda, que es lo que significaron los griegos con su caos. Y lo propio se entiende por abismo allí donde dice: *Tinieblas eran en la faz del abismo*. Esta rudeza y carencia de forma provenía de dos causas: primera, porque en tan espesas tinieblas faltaba refulgencia y reverberación; segunda, porque no había orden, ni aquella distinción de formas que más adelante sucedieron. Y aquí dos cosas son dignas de consideración: la una es que dicese materia informe, no de modo que estuviese despojada de toda forma substancial, porque eso le es imposible á la materia; sino sólo de aquellas formas substanciales y accidentales que después le dieron orden y hermosura. La segunda cosa es que las tinieblas no fueron realidad alguna positiva, sino mera negación de luz, como el silencio es privación de sonido¹.» Esto sentía este esclarecido catedrático de Salamanca á fines del siglo xvi, cuyo dictamen puédesse asegurar era suma del sentir de los más doctores de su tiempo, y aun representación honrosa del juicio común de los Escolásticos después del Maestro de las Sentencias.

El siglo siguiente nos dejó en la au-

¹ La *Rélig.* en face de la science, t. 1, leçon xi.

¹ I. p., q. lxxvi, a. 1.

¹ DEBRUYNE: *Téor. bibl. de la Cosmog.*, chap. 11, § 11.

¹ In lib. 11, dist. xii.

toridad de Bossuet el dictamen de sus sabios en esta abstrusa cuestión. En una de sus bellas *Elevaciones* leemos la descripción del caos en la forma siguiente: «Ve ahí una materia confusa, sin orden, sin coordinación, sin forma distinta. Mira ese caos, esa confusión, cuyo recuerdo ha quedado en la memoria del género humano, y se lee todavía en los poetas más antiguos. Porque esto ni más ni menos significan aquellas tinieblas, aquel insondable abismo, aquella temerosa confusión de todas las cosas, aquella infirmitad ó deformidad, si es lícito decirlo así, de la tierra vacía y estéril.»

Finalmente: en 1721 un escritor versado en toda suerte de erudición describió el estado del mundo primordial, el valenciano P. Vicente Tosca, del Oratorio, en su *Compendium philosophicum*, diciendo: «Este grandioso abismo de las aguas así dispuestas, con razón le llamo yo *masa caótica*. Porque es un inmenso caos preñado de la mezcla de todas aquellas seminales razones de que había de henchirse el mundo: y como ninguna cosa se hallaba en él ordenada, ninguna distinta, ninguna constituida en su propia forma, todas andaban desconcertadas, todas revueltas y en perturbado desorden, y careciendo de diferencia de formas sensibles se escondían en un como tenebroso profundo.» Así discurrían los doctos, aun antes de venir al mundo Kant y La-

place á pasmar á los modernos con la osadía de sus sistemas. Pocos esfuerzos eran por cierto menester al que pusiera los ojos y el estudio en los escritos de los anteriores maestros, para venir á parar á la composición de las hipótesis actuales. ¡En cuántos libros antiguos hallamos la llave dorada de los secretos modernos!

Cuánto tiempo transcurrió entre la creación y la fábrica de la materia es sobre toda opinión; sólo está en la capacidad de la infinita sabiduría: millones de años tal vez, si algo importan aquí años; ¿quién calificará el tiempo que únicamente cae bajo el dominio de Dios? Quizá pocos momentos: ¿qué le costaba á su divina Majestad dar, luego de criada, movimiento y formación á la confusa materia? Prudentemente razonaba el docto Pereira, como dicho está, cuando escribía: «Qué espacio de tiempo duró el estado tenebroso del mundo, si más ó menos de lo que se contiene en un día, ni me consta á mí, ni creo que lo haya alcanzando mortal alguno, si Dios no se lo reveló.» La propia ignorancia confesaba Petavio, diciendo: «Cuál haya sido el intervalo que precedió á la luz, no hay conjetura ni adivinación que lo pueda rastrear.» Á entrambos había sido ejemplo la sencilla confesión del doctísimo Hugo Victorino, escribiendo así: «Qué tiempo haya pasado el mundo en tanta confusión é infirmitad, no lo declara la santa Escritura.»

¹ *Comment.*, l. 1, v. 4.

² *De Oisf. seu dir.*, l. 1, cap. x.

³ *De Sacramentis*, l. 1, p. 1, cap. vi.

¹ *Sem.* in, elevat. II.

² *Tract. v De mundo*, l. 1, cap. 1.



CAPÍTULO XII.

LA FUERZA.

«*El Spiritus Dei ferebatur super aquas*» (V. 2.)

ARTÍCULO I.

Las aguas del Génesis son extraordinarias, según los Santos y Doctores. — Conviene los modernos con los antiguos en indicar con el vocablo *aguas* la materia caótica. — Explánase sobre la propiedad de la voz *ruah* varios pareceres. — Dedúcese el *ruah* del *merabbeset*. — Confirman los santos Padres la moderna exposición.



NTE todo, será bien examinar qué poder tienen aquí las voces *agua* y *Espiritu de Dios*. Oigamos primeramente las interpretaciones de los Santos y Doctores de la Iglesia. San Gregorio Niseno, explanando cómo deba entenderse el agua misteriosa que el Espíritu de Dios señoreaba, dice: «Aquella agua era de muy otra condición que las que corren por acá, y muy desemejante á la que llueve de las nubes. El llamarla *agua* la santa Escritura no es nuevo, ni es raro; que Dios también llámase fuego, y dista infinito de ser como el nuestro.» Y prosigue en su Libro sobre el Hexámeron, probando con razones cómo estas aguas ninguna comparación tienen con las conocidas y usuales, según queda dicho atrás.

Es sobre todo singular el concepto que le merecieron al glorioso san Agustín el *cielo*, la *tierra*, el *abismo* y las *aguas* de estos versículos: de trabajo de estos vocablos una sola cosa

acertó á leer, materia imperfecta y por obrar; todos le parecieron rodeos y metáforas. «Todos estos nombres, dice, cielo, tierra, tierra invisible y descompuesta, abismo tenebroso, agua sobre que el Espíritu era llevado, nombres son de la informe materia; una cosa desconocida por varias palabras conocidas se explica, porque si sólo se emplease una, no creyesen los más rudos que se trataba de aquello solamente que suelen los hombres con esa palabra significar.»

El Maestro de las Sentencias expuso galanamente el mismo sentido en su libro II, distinción XII, diciendo así: «La misma materia informe llámase agua... porque todas las cosas que en la tierra nacen... empiezan del humor á nacer y alimentarse.» Más adelante, inquiriendo qué lugar ocupaba y cuán extendida era la materia informe, dice, según que lo hemos alegado más arriba: «Sin ser temerarios en afirmar, decimos que aquella primera mole de todas las cosas, cuando fué criada, allí mismo salió á luz donde ahora subsiste formada. Y estaba este téreo elemento en un lugar medio, rodeado de los otros tres elementos mezclados y confusos entre sí, cubriéndole ellos como nube, de manera que no podía apa-

¹ *De Genes. contra Manic.*, cap. vii.

² *Cap. ix, art. II.*